







**JOSÉ LUIS
CASTILLO-PUCHE**

**COMO OVEJAS
AL MATADERO**

Estudio preliminar, edición y notas

JOSÉ BELMONTE SERRANO



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2019

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,
ha plantado un olivo (*Olea europaea*) en el paraje
de El Horno en Cieza (Murcia)



“Como ovejas al matadero”

© José Luis Castillo-Puche, 2019

© Fundación José Luis Castillo-Puche, 2019

© La Fea Burguesía Ediciones, 2019

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta y maquetación: Fernando Fernández Villa

Imagen cubierta: “Crucifixión” 2006.

Óleo sobre lienzo de Antonio Soto Alcón

Primera edición: septiembre de 2019

IBIC: FA

ISBN: 978 84 120327-0-3

Depósito legal: MU 603-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Con la colaboración de Fundación Castillo-Puche y Casa
Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Yecla



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

“Lo mejor de todo es no indagar”
J. L. Castillo-Puche, *Sin camino*

Como ovejas al matadero fue la primera entrega de una trilogía que nunca llegó a completar del todo su autor: El cingulo, compuesta por la aludida novela y por *Jeremías el anarquista*, aparecida en 1975. Por el camino, inesperadamente —o, acaso, no tanto—, se le cruzó una nueva trilogía de la que forman parte las obras que con más fervor ha destacado la crítica de entre todo el conjunto de su narrativa. Se trata de la llamada Trilogía de la liberación, compuesta por *El libro de las visiones y las apariciones* (1977), *El amargo sabor de la retama* (1979) y *Conocerás el poso de la nada* (1982), obra con la que obtuvo el Premio Nacional de Narrativa.

Como ovejas al matadero fue publicada en 1971, unos pocos años antes de que, de muerte natural, acaeciera el fin de la dictadura y España se sumiera en la llamada Transición que tantas consecuencias tendría para la cultura de nuestro país, y, muy especialmente, para la propia literatura que comenzó a vivir por su cuenta sin el lastre de la censura, sufrida, entre otros muchos, por el propio Castillo-Puche al que prohibieron tajantemente la publicación de su primera novela, *Sin camino*, e intentaron secuestrar algunos otros libros suyos que salieron finalmente a la luz como heridos de guerra, completamente mutilados.

La novela que aquí presentamos está fechada, en su página final, en la ciudad de Nueva York en los meses de julio y agosto de 1970. Son muy pocas semanas para su confección si nos atenemos a la densidad de su contenido y al despliegue de elementos tomados de la realidad y de esa imaginación de la que echa mano su autor. Con anterioridad, el escritor yeclano había publicado algunos títulos que le dieron fama entre sus contemporáneos y, al mismo tiempo, le granjearon la amistad, que habría de ser para siempre, del premio Nobel de Literatura Ernest Hemingway, “Ernesto” para uso interno entre ambos colegas. Nos referimos a novelas como *Con la muerte al hombro* (1954), que fue la que sedujo al autor de *El viejo y el mar*, siempre atento a las emociones fuertes, a las situaciones límite, *El vengador* (1956), *Hicieron partes* (1957), *Paralelo 40* (1963), *Oro blanco* (1963) y *El perro loco* (1965). Sin olvidar una novelita, *Misión a Estambul* (1954), que, aunque poco citada entre los estudiosos de Castillo-Puche, pasa por ser el primer relato policiaco moderno, por más que les pese a muchos de los teóricos del género negro, que sólo ven un tempestuoso mar sin horizonte cuando se asoman a lo anterior a la muerte de Franco. Todo ello sin contar que *Sin camino*, finalmente, tras ser proscrita por la férrea censura española, tuvo que tomar el camino del exilio y ser editada, previa recomendación del mismísimo don Pío Baroja, en Buenos Aires en 1956.

Castillo-Puche acababa de regresar a España con toda su familia cuando se publica *Como ovejas al matadero*, con lo que se explica que figure la ciudad de Nueva York en la firma final. Desde 1967 residía en la metrópoli estadounidense donde se ganaba la vida como corresponsal de algunos medios de comu-

nicación españoles. El intrépido y solitario viajero de siempre, que había visitado todos los países de América Latina y algunos de África, como queda reflejado en algunos de sus más memorables libros ensayísticos, como *América de cabo a rabo* (1959) y *El Congo estrena libertad* (1961), decide esta vez echarse al hombro a toda la familia (su mujer, Julia Figueira, y sus tres hijos, Cayetana, Julia y José Luis, que aún eran unos niños) y plantarse frente al edificio de las Naciones Unidas, lugar en donde llevaría a cabo una buena parte de su labor informativa. No conviene olvidar que durante ese tiempo, es decir, entre 1967 y el año de su regreso, en 1971, se vio precisado a cubrir la información de acontecimientos que harían cambiar el mundo: desde la muerte de Martin Luther King, en 1968, hasta el instante en el que un ser humano, por primera vez, en 1969, puso un pie en la Luna.

Como ovejas al matadero, junto con *Sin camino*, contribuyó a que ciertos y poco atinados críticos –García Viñó en primer lugar, y Jiménez Madrid más recientemente– encasillaran a Castillo-Puche, sin razones ni argumento sólido alguno, entre los llamados “novelistas católicos”. Y nada más lejos de la realidad. Nunca se ha ocultado que el escritor yeclano fuera seminarista durante algún tiempo, y que, a punto ya de cantar misa, abandonó la carrera eclesiástica en 1943, cuando decide, sin que nadie le forzara a ello, alejarse de Comillas –lugar emblemático y con tintes ciertamente simbólicos que sirve de escenario para ambientar su novela *Sin camino*– para matricularse en unos cursos abreviados en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid en donde él mismo, algunos años después, terminaría formando parte del cuadro de profesores de dicha institución.

Las páginas de *Como ovejas al matadero* no admiten ningún género de dudas al respecto. Es cierto que en la obra se nos narra, con todo detalle, con una precisión propia de quien lo ha visto con sus propios ojos, la ordenación de cuatro nuevos sacerdotes durante un largo y caluroso día del tórrido verano de Murcia; pero no es menos verdad que Castillo-Puche se muestra implacable a la hora de juzgar los procedimientos, poco rigurosos y repletos de irregularidades, que llevan a cabo los mandatarios de la Iglesia para poder conducir a su grey al seno de esta corporación. Es sintomático que uno de los personajes más relevantes de la obra, aunque ocupe un lugar secundario, sea el doctor Jiménez, el padre de Ramiro, uno de los ordenandos de esta historia. Se trata de un hombre agnóstico, repleto de racionalidad, que descuella por sus ideas avanzadas en el mundo de la Psiquiatría. Entre sus lecturas favoritas destacan los libros de Renan y de Voltaire, uno de los padres del enciclopedismo y de la ilustración francesa que la propia Iglesia y nuestros gobernantes apenas permitieron que recalara en territorio hispano. El doctor Jiménez no se opone tajantemente a la “santidad”, que concibe como un camino e incluso como un derecho del ser humano, pero proclama, como él mismo expresa en estas páginas, una santidad “hecha con la naturaleza sublimada”. Castillo-Puche debió utilizar como modelo para dibujar con tanto acierto y precisión a su personaje a dos médicos muy relevantes en el mundo de la Psiquiatría, y bastante populares en Murcia durante los años en los que ejercieron su oficio, y a los que él debió conocer personalmente. Nos referimos a los doctores Román Alberca (1903-1966) y a Luis Valenciano, nacido en Murcia, en el seno de una familia acomodada, en 1904, y que lle-

gó a asistir a las últimas clases de Ramón y Cajal. En 1965, Alberca solicita una excedencia para dedicarse exclusivamente a las labores relacionadas con su Cátedra en Valencia, por lo que Luis Valenciano es nombrado, en 1966, director interino del hospital psiquiátrico, cargo que, gracias a sus méritos, se convierte en definitivo a finales de 1968. Es cierto que la acción de la novela se remonta a 1936, pero no nos cabe la menor duda de que el autor, que lleva a cabo su redacción a principios de los setenta, debió tener muy presente estas dos personalidades que dejaron una profunda huella en la sociedad murciana de su tiempo.

Castillo-Puche, decíamos, aborda, sin contemplaciones, de manera valiente y, en cierto modo, arriesgada por los tiempos que corrían, los problemas de la Iglesia y de todo aquello que sucede de puertas para adentro en un seminario en donde conviven hombres con hombres, personas adultas con muchachos cuya personalidad aún no está definida del todo y no consienten someterse a ciertos tratos vejatorios. No se habla aquí, con toda su intensidad y crudeza, del problema de la pedofilia, porque no lo hubiera consentido de ningún modo la censura de esa época, pero sí se deja clara, con la actitud tan poco decorosa de Cosme, su querencia hacia los niños, y muy especialmente hacia Camilín, lo que se quedará plasmado en una antológica escena de carácter erótico que debió hacer muy poca gracia a cierto sector de la sociedad española de los últimos años del franquismo.

Castillo-Puche denuncia la obediencia animal, el servilismo ciego de estos jóvenes seminaristas, sometidos, en muchas ocasiones, a los caprichos y las arbitrariedades de quienes los gobiernan y manipulan. El título de la novela responde a esa idea de fe

ciega y nada dialogante entre unos y otros. Se critica la pérdida de la fe primitiva de los verdaderos cristianos, y se cuestiona la pérdida definitiva de los tres grandes pilares del verdadero hombre de Iglesia: la pobreza, la obediencia y la castidad. Castillo-Puche llega a plantear, incluso, que el ideal del sacerdocio fuera conciliable con la presencia de la mujer. Se apela a una urgente reforma del apostolado que comenzaría por eliminar el ambiente cuartelero de los seminarios y apostar por la verdadera vocación. Propone volver a la antigua evangelización, y pone sobre el tapete a un cura que, como Ramiro, el hijo díscolo del doctor Jiménez, apela a la necesidad de recuperar las ideas sociales, de apostar por los más pobres y desfavorecidos, por acercarse a las barriadas obreras aunque se corra el riesgo de ser acusado de cura rojo.

La novela está ambientada, en su mayor parte, en la propia ciudad de Murcia, en torno a la actual plaza del Cardenal Belluga donde se ubican tanto el Seminario Mayor —donde ahora se encuentra la Escuela Superior de Danza y Arte Dramático— como la catedral, uno de sus iconos más reconocibles y visitados. No faltan los pasajes retrospectivos que nos llevan a ciertos pueblos de la región, como Mazarrón o Yecla, y también destaca, hacia el final de la novela, ese recorrido por la Huerta de Murcia cuando dos de los seminaristas visitan a Alfredo, recién ingresado en el hospital psiquiátrico. Murcia, durante los meses de estío, resulta un lugar un tanto inhóspito. Su clima suave durante el resto del año se va transformando en un ambiente agobiante que Castillo-Puche aprovecha a la perfección para transmitir esa sensación al lector, que es, a su vez, lo que bulle por dentro en algunos de estos ordenandos. La luz casi cegadora

de la ciudad, con su cielo lechoso, está aquí presente. El sol, el calor, incluso a horas muy tempranas, se erigen en protagonistas de estas páginas. En los relatos de Castillo-Puche nunca hay nada puesto al azar. Como en conocidas novelas como *El extranjero*, de Albert Camus, el espacio externo, el ambiente, se corresponde con el espacio interno, psicológico, con los enmarañados pensamientos de estos seminaristas que, sin estar aún seguros del todo, están a punto de dar un paso decisivo, casi sin retorno, que va a influir de manera tajante en sus vidas. En uno de estos pasajes, cuando la ordenación ya está en marcha, la capilla donde se desarrolla el acto se convierte, como nos advierte el autor con tanta maestría y precisión, en una verdadera olla a presión. El sudor que afecta a todos los presentes, al obispo y a su secretario, al maestro de ceremonias, al rector, al canciller y hasta al Espíritu Santo, como alguien dice de manera coloquial y jocosa. Hay quien, con certero criterio, llega a sugerir que se deberían tomar las órdenes en otras fechas fuera del verano para evitar tales situaciones incómodas.

Murcia, la capital de la región, se erige en protagonista. Castillo-Puche conoce bien el terreno que pisa. Están presentes los dos emblemáticos edificios antes citados, el seminario y la catedral, pero también se reúnen en estas páginas lugares inexcusables como el río Segura, la Plaza de la Cruz, donde tradicionalmente se ha ubicado el belén municipal, la calle de Trapería, donde se halla el establecimiento de La Covachuela y la famosa confitería de la familia Ruiz-Funes, el Casino, con sus peceras que dan al exterior y sus conocidos bailes que a la gente de la Iglesia les parecen pecaminosos y provocadores, el edificio donde está anclado el diario La

Verdad, junto a la Plaza de los Apóstoles. Y un poco más allá, hacia la Huerta más profunda y cerrada, el largo paseo del Malecón con el mastodóntico edificio escolar de los Hermanos Maristas como un enorme manchurrón en el verde intenso del paisaje. El río, con sus molinos, donde se muele el pimentón, con la llamada Isla de las Ratas, lugar de recreo y de aventura de muchos niños que salían del instituto en los años cincuenta y sesenta, no es un simple elemento decorativo. Los estudiosos de la narrativa de Castillo-Puche se han encargado de recordar, una y otra vez, el valor simbólico que tiene, en gran parte de su obra, el agua, como elemento regenerador. La ciudad en toda su plenitud de lugares, y también el ambiente que la rodea: el ruido de las tartanas, antes de que tomaran cuerpo los vehículos a motor, que deambulan de un lado para otro con el ruido de los cascos sonando en cada una de sus esquinas. El cansino pregón de los ciegos que venden sus “iguales” a la nutrida concurrencia en estos lugares de obligado paso. No se trata, como podría pensarse en un principio, de una dulce estampa bucólica de una recoleta ciudad de provincias, dormida en su pasado, de natural conservadora y poco propensa a los cambios bruscos. Castillo-Puche, al situar la acción de su novela en los días previos a la Guerra Civil, momento en los que cunde la prisa y el pánico, las sospechas de un levantamiento militar inmediato y la consiguiente intranquilidad de los ciudadanos, unido a ese tiempo caluroso que supone un obstáculo y un incordio más que añadir, consigue que el lector —el de entonces y también el de hoy mismo— viva en primera persona los hechos que se narran, y se meta en la piel de estos personajes hasta solidarizarse con ellos.

Los datos históricos que aquí se nos proporcionan, puestos con gran sutilidad, sin agobiar al lector, no admiten duda alguna sobre la época en la que se sitúa la novela. Sabemos que ya fueron celebradas unas elecciones ganadas por los republicanos. Conocemos el discurso de Calvo Sotelo en las Cortes generales, acaecido el 16 de junio de 1936 y el posterior asesinato —el 11 de julio— de este político español; pero, sobre todo, se nos da noticia puntual de las persecuciones, de la tormenta social en la que se vive, del ambiente hostil que tanto preocupa, sobre todo, a la gente de la Iglesia que empieza a temer por su vida, por su integridad física.

Ya se ha hablado aquí, a lo largo de esta introducción, de un personaje secundario que, sin embargo, juega un papel decisivo en la obra: el doctor Jiménez, el padre de Ramiro, el hijo rebelde que ha decidido renunciar a una buena herencia, a un puesto destacado en la sociedad murciana, a un matrimonio beneficioso con una dama de su categoría social, para ordenarse sacerdote y exigir un destino entre la gente más necesitada y humilde, en alguna de las pedanías de la ciudad, alejado del cogollo en donde se obtienen las mejores prebendas. De los cuatro seminaristas que llevan el peso de la novela, el más destacado, el personaje más complejo y poliédrico no es Ramiro precisamente, sino Alfredo, quien encarna la duda y la traición. Es inseguro, contestatario, se encuentra a gusto aislado del resto de la gente, conversa para sí mismo, en largos soliloquios que le conducen a la locura, sufre alucinaciones, pesadillas y continuas visiones y no puede evitar recordar sus pecados relacionados con el sexo. En las páginas finales, Alfredo eclipsa a los demás personajes que, con mayor o menor entusiasmo, ya parecen resignados al destino que les aguarda.

Cosme, sin llegar a la altura de Alfredo, también es un personaje que sufre enormemente. Su condición de homosexual hace que se sienta intranquilo, poco orgulloso de sí mismo y de sus acciones, que, por razones obvias, se ve precisado a ocultar. Con su voz de campana rajada, como se indica en la novela, con su blandura y burda beatitud, muestra su inevitable inclinación y debilidad por los niños. Y muy especialmente por uno de los más jóvenes seminaristas cuya voz destaca en el conjunto del coro catedralicio, Camilín, quien sufre de continuo sus acosos y sus caprichos. Castillo-Puche, al adentrarse en el pasado de este personaje, nos insinúa que no toda la culpa es suya. Entre su madre, una verdadera santa que se ha visto obligada a contraer un segundo matrimonio que Cosme no ha podido asimilar del todo, y sus hermanos, dos mozos apáticos en cuestiones religiosas, existe una continua y feroz disputa que llega hasta el desprecio.

Fulgencio, aunque distinto a Ramiro, tiene algunos puntos en común con este. Se aleja de las patologías de Cosme y, sobre todo, de Alfredo. Fulgencio es el paradigma de una clase de seminaristas que abundaron a lo largo del siglo XX. Se trata de gente que, por su escasez de recursos, por su modestia económica se han visto necesitados de un protector, de un “padrino” que costee sus estudios y le proteja. El propio Castillo-Puche, aunque no procedía de una familia pobre, durante su carrera de seminarista contó con el apoyo de unos padrinos de apellido ilustre en Murcia. En la obra se subraya la potencia intelectual de Fulgencio. A él le ha tocado arrastrar la carga de una familia poco común en Murcia durante aquellos años previos a la Guerra Civil: su padre es un suicida y el resto de sus congéneres practica la

religión protestante. Al final, termina por quedarse solo porque su familia, ante la presión social de su entorno, emigra a América. En él, como en el caso de Ramiro, predomina el espíritu crítico, el ansia de que la Iglesia católica admita una urgente reforma que acabe con los vicios de antaño, con la mala conducta, a base de conformismo y vulgaridad, que arrastra desde tiempos inmemoriales.

José Luis Castillo-Puche utiliza en esta obra el lenguaje al que, desde su primera novela, nos tiene acostumbrados: inventa palabras, recurre a las más atrevidas metáforas, posee una fuerza brutal y arrolladora a la que se enfrenta el lector. Sin que falten ciertos instantes de suave lirismo, de auténtica poesía, desparramada en pasajes adecuados para ello, como descripciones, alguna reflexión, etc. Como cuando describe a los cuatro ordenandos desde una posición cenital, desde lo alto, como si el ojo de una cámara —o la de Dios mismo— apuntara directamente hacia ellos, y con sus amplias vestiduras, que les tapan los cuerpos y los pies, semejan la nieve recién caída, nieve aún no pisada ni hollada por ningún animal ni por el hombre mismo, “un sueño angélico —leemos— al borde mismo del volcán divino”. En una novela de Castillo-Puche nunca falta un repertorio de elementos simbólicos. Ya aludimos al agua, a las aguas del río Segura que, lento y remolón, arrasando animales muertos y frutas desprendidas de los árboles, fluye como un sueño apacible junto al seminario, y que los muchachos contemplan con verdadera envidia desde sus ventanas, ansiando la libertad. Sin embargo, en este sentido, el momento más delicado de la novela tiene lugar en el instante en el que, en plena ordenación, una paloma blanca penetra en el interior de la catedral. No es una palo-

ma cualquiera. El autor se encarga de aclarar que, a pesar de su esplendorosa blancura, su pico parecía sangrar. La escena, nada baladí, nos recuerda a otra que Castillo-Puche conocía muy bien y que quedó grabada para siempre en su retina. Nos referimos al instante en el que, en *Réquiem por un campesino español*, de su amigo Ramón J. Sender, un caballo irrumpe impetuosamente en la iglesia en la que esperan el féretro con el cadáver de Paco el del Molino.

Castillo-Puche, con *Como ovejas al matadero*, prepara el camino de lo que aún está por llegar. En la obra ya se adivinan los resortes y los mecanismos formales y estructurales de sus novelas siguientes, especialmente las de la Trilogía de la liberación, que será la cumbre de toda su narrativa. Sin embargo, la novela de 1971 funciona como un ente autónomo, con una singular fuerza desgarradora que a nadie pasa inadvertida. El escritor yeclano se perfila aquí como el hombre inconformista, insumiso y terco que siempre ha sido, sin ataduras, sin cortapisas, sin preámbulos, yendo siempre al grano, contando las verdades del barquero de una institución, como es la Iglesia, que por aquellos años resultaba inatacable. Una institución a la que los escritores nunca se han querido enfrentar. Esta es, pues, la ocasión para reconocer que Castillo-Puche, a la vista de las últimas reformas, de los últimos acontecimientos que conforman la primera plana de los informativos, supo, una vez más, adelantarse a su tiempo e iniciar un debate que aún está por cerrar, con demasiados flecos sueltos.

José Belmonte Serrano

NUESTRA EDICIÓN

Para llevar a cabo la presente edición de *Como ovejas al matadero*, hemos seguido fielmente la publicada por Destino, en su colección Áncora y Delfín, volumen 359, aparecida en abril de 1971, si bien hemos procedido a subsanar las erratas halladas a lo largo de estas páginas. Sin embargo, se han respetado en su integridad los textos escritos en lengua latina, al considerar que los defectos observados en algunos de ellos tienen que ver con el lenguaje utilizado en los modernos textos sagrados y de uso ordinario de la Iglesia. Ciertos anacronismos, que se explican en las notas a pie de página, así como el empeño de Castillo-Puche en utilizar nombres como el del escultor murciano Francisco Salzillo españolizando el apellido original italiano y transformando la z en c, permanecen intactos en esta edición. El capricho y la voluntad del autor también cuentan.

JOSÉ LUIS
CASTILLO-PUCHE

COMO OVEJAS
AL MATADERO

Para el profesor Antonio Regalado¹,
amigo en las dos orillas.

No hizo falta despertador en ninguna de las cuatro celdas que, en cierto modo, eran la misma. Se habían acostado bastante tarde después de tantas emociones. Pero tres de ellos se habían levantado antes de que los llamaran. Sólo a Alfredo hubo que zarandearlo para que volviera a la vida.

—¿Qué, qué...? —preguntó sobresaltado.

—Que tengo que afeitarte el redondel —dijo Ramiro con ganas de resultar servicial.

—Ah, sí, la corona —y Alfredo se echó las manos a la cabeza, que le dolía como si se la estuvieran atravesando con un cuchillo. Pero no podía precisar exactamente dónde estaba localizado aquel dolor.

Se levantó mecánicamente y se enjuagó la frente y el cuello en la triste palangana desportillada. Entonces se acordó de pronto de que la noche anterior, después de la emocionante velada, se había sentido indispuerto y había terminado devolviendo la cena. El enfermero le decía: “Son los nervios, los nervios, y siempre ocurre igual. Es el «estar en capilla» lo que produce esta emoción. ¡Si lo sabré yo!” Y al darle la aspirina se le echó tan encima que Alfredo pensó que su barbilla en forma de navaja se le iba a clavar.

¹ Madrid, 1932-Estepona, 2012. Hispanista, crítico literario y ensayista español.

—Voy en seguida —dijo Alfredo a Ramiro con voz de resignación y una languidez extraña al día y al momento.

Antes de que Ramiro se diera cuenta, Alfredo se había vestido y ya estaba sentado en la silleta rota, junto a la ventana que daba al patio. Permanecía con el cuello de la sotana desabrochado, como ofreciéndolo al verdugo, mientras se había colocado una toalla rosa-pálido por los hombros.

Ramiro se puso a enjabonarle la coronilla con gran gocerío. Al principio, Alfredo notó que el frescor de la brocha mojada le sentaba muy bien, pero al rato, de improviso, como si se ahogara, tuvo que levantarse y se puso a pasear a grandes zancadas, absurdas zancadas, por la sala, que era la de la Santísima Trinidad.

Algo pesaba sobre él destructivamente. Y, sobre todo, nunca le había parecido tan inútil aquello de dejarse afeitar una moneda en la cabeza. Y, una vez sentado de nuevo, dijo a Ramiro:

—¿Tú crees que *esto* saldrá bien? —Y puso un acento especial en la palabra “esto”. Ramiro le contestó disculpador y complaciente:

—Estáte quieto, hombre de Dios, es sólo un minutín.

Pero la voz de Ramiro, tan delicada y persuasiva siempre, a Alfredo le pareció que salía de algo así como un pellejo fofo. Tanto que volvió los ojos para mirarle de un modo extraño. Sí, efectivamente, era el admirable Ramiro con su cuello de mundano trasladado a santo y sus labios de monja. Alfredo lo olió intensamente y Ramiro dijo:

—Sí, hombre; luego te echamos también un poco de colonia.

Y te lavas también las manos con ella.

- ¿Las manos? ¿Para qué?
—Para cuando te las besen.
—No quiero que me las bese nadie.
—¿Ni los niños?
—Los niños menos que nadie.
—No digas tonterías.

Y Alfredo se quedó mirando detenidamente sus manos, aquel intento de verruga —que coincidió con aquello— y aquellas dos manchitas blancas que también coincidieron con lo otro. No se atrevía a mirarse las palmas de las manos y al mirárselas por la parte de arriba notó que le temblaban.

En la otra ventana, Fulgencio recitaba por lo bajo el Tedéum mientras abría las maderas de par en par. El recitar de Fulgencio contrastaba irrisoriamente con el ruido grosero que, al hacer gárgaras, producía Cosme.

Cosme había tenido un arranque de valentía y había roto unas cartas y no se había salido de los wáteres mientras no hubo desaparecido de la taza el último pedacito. Todo aquello no había sido más que pueril blandura. Y es que Camilín necesitaba ese poco de ternura. Hay muchas criaturas incomprendidas y en soledad en este valle de lágrimas. Por su parte, ¿qué es lo que había habido? Un poco de ejercicio retórico salpicado de sentimiento. ¿Nada más? ¡Y cómo se lo había agradecido! Pero Cosme había esperado dentro del wáter hasta que el último pedacito de carta se perdió en el remolino de aquel feo agujero y en aquel momento no había podido evitar, con todo, cierto regusto de placer al ver irse la letra nerviosa, excitada, candorosa al fin, de Camilín.

Si Fulgencio tuviera en aquel instante que prefigurar su sacerdocio, no encontraría otra palabra que

la palabra “coraje”. El celo no bastaba. Ni siquiera el fervor. El sacerdocio que se avvicinaba tenía que ser, por encima de todo, cosa de hombres. Igual que los hombres cavan la tierra en la mina, como los pescadores luchan en el mar, casi como los soldados hacen la guerra, sólo que una guerra pacífica... Pero en la teología pastoral sólo le habían enseñado a imitar al santo Cura de Ars² y, fuera de ahí, nada.

—Quieto, por favor —le dijo Ramiro a Alfredo mientras levantaba la navaja en alto. (El redondel se lo había señalado con el culo de un vasito de taberna. Era el modelo.)

—¿Más quieto aún? —respondió airadamente Alfredo. Y disculpándose, añadió—: ¿Más quieto aún? Aquí estoy más quieto que una piedra.

Pero Alfredo temblaba. Su pelo crespo y corto parecía electrizado. Desde los ejercicios espirituales previos a la ordenación, Alfredo estaba raro, no sólo como abrumado, sino silencioso, distante, como ido. Solamente de tarde en tarde, a propósito de algún detalle —las estampas de la primera misa, el sermón primero ante el pueblo, la despedida del obispo— cobraba ímpetu de exaltación y realismo. Pero lo que más le atormentaba y dolía interiormente era todo lo que se refería a la llegada de su propia hermana. Aunque el párroco le había escrito diciendo que “no se preocupara de gastos ni demás”, Alfredo permanecía concentrado, torvo, irritado más que irritable, aunque también de vez en cuando salía de

2 Se refiere a San Juan Bautista María Vianney, nacido cerca de Lyon en 1786. Murió en 1859. Fue canonizado por el Papa Pío XI el 31 de mayo de 1925. Benedicto XVI lo proclamó “Patrono de todos los sacerdotes del mundo” en 2009. Su cuerpo se conserva incorrupto en la Basílica francesa de Ars.

sus reservas y distanciamientos con unas expansiones ruidosas y unas carcajadas que le hacían aparecer como despreocupado y extravertido en exceso.

—Estuviste genial —dijo Ramiro intentando amansar su mutismo.

—¿Tú crees? —preguntó escéptico.

La despedida del seminario había tenido dos partes: la primera había consistido en una pieza inventada en la que Alfredo había representado el papel de jefe de una revolución anticlerical tan a lo vivo que al acabar su arenga final enviando curas “a la parrilla”, sólo después de un pavoroso mutis habían brotado los joviales aplausos.

—Los dejaste helados.

—¿Ah, sí?

—A mí mismo me dejaste tieso.

Y Ramiro continuó raspando la cabeza de Alfredo, una cabeza como tallada tanto para la furibunda anarquía como para el arrebatado misticismo.

Alfredo sonrió para sí mismo morbosamente. Él siempre había sido en el tablado del seminario el protagonista ensimismado y desconcertante: Paulo el de Tarso, el gran Segismundo y hasta Ataíde en *El divino impaciente*³.

No era brillante en los estudios, pero se imponía por su carácter. Después de todas estas explosiones teatrales lo natural de Alfredo era aislarse. A veces se le había visto escribir en unas libretitas pequeñas con cubiertas de hule negro, pero cuando un día Fulgencio le preguntó: “¿Qué es eso que escribes?”, Alfredo, muy sereno, había respondido:

³ La obra teatral, escrita en verso, es de José María Pemán (1897-1981) y fue estrenada en 1933. Considerada como su respuesta a la disolución legal de la Compañía de Jesús y al laicismo proclamado durante la Segunda República.

“Es el borrador de una carta que pienso enviar al Papa”. “Estupendo —dijo Fulgencio, y añadió—: ¿Y por qué no se la mandas de una vez?” “No he dado todavía con el tono”, respondió con una extraña humildad. “Si por lo menos supiéramos de qué se trata —había insistido Fulgencio—, acaso podríamos ayudarte.” “Nadie puede ayudarme, por eso me cuesta tanto.” La anécdota se había hecho famosa en el seminario y Alfredo seguía siendo el tipo que mejor imitaba a García Sanchiz⁴ y al padre Laburu⁵, el comediante que un día en un sermón, al hablar “del barro y el polvo que arrojan los coches de los ricos sobre los pobres desharrapados que transitan por la carretera”, produjo la risa general mientras él se quedó muy serio en el púlpito, lo cual produjo una rechifla de las que hacen época, y el superior del día fue incapaz de imponer el orden hasta el fin de la pieza oratoria.

—¿Te hago daño? —preguntó Ramiro.

—No me haces daño; me estás abriendo los sesos en canal.

—Ya será menos.

Y a la risa de Ramiro se incorporó el sonido extraño de gallina a punto de poner el huevo, que era la risa normal de Fulgencio, y el melifluo y modulado gorjeo de Cosme.

De piso en piso, de sala en sala, iba corriendo una campanilla loca, a pesar de que antes había sonado la campana de la comunidad.

4 Federico García Sanchiz (1886-1964) fue escritor, periodista y miembro de la RAE. Durante la Guerra Civil apoyó la causa golpista participando en actos propagandísticos.

5 José Antonio Laburu Olascoaga (1887-1972), jesuita vizcaíno, fue el primer documentalista del cine vasco.

Era un día sonado. Era el día en que, desde los pipiolos hasta los filósofos, se daban cuenta del paso que supone y significa el sacerdocio. Todo lo demás, sentimientos y anhelos de entrega hasta el martirio, como remordimientos y temores de que uno haya falseado la planilla de Dios, eran el molde que había que seguir. La vocación había consistido en vivir descoyuntado y dividido en una cruz de muchas aspas en la que el candidato tendría que terminar molido como harina de un molino. La vocación había sido siempre un campo roturado de carteles con “vedado” por aquí, “vedado” por allá, como si la vocación fuera una incursión orgullosa en la entrega y en la renuncia total a la vez, ya que se hacía obligado condenar de antemano precisamente el mundo que se intentaba salvar. Aislados del mundo por medio de una vestimenta negra y larga, separados del mundo y su humanidad por medio de un odio que pocas veces se trocaba en amor, pero que a veces llegaba a sublimarse en un amor redentor, los seminaristas se pasaban los años entre la soledad y el deseo, entre el miedo y la nostalgia, en pugna constante entre los dones y las gracias del Espíritu y lo que se llaman pasiones terrenales, que a veces también se convertían en fondo disimulado de sus existencias.

La campanilla era la voz de los superiores y la campana era como la voz de Dios, y entre Dios y los superiores estaba el respeto y el temblor ante el obispo, una obediencia animal, como la de las ovejas al pastor. A veces lo que tenía que ser docilidad era servilismo ciego y lo que aparecía como rectitud no era sino acomodación y cautela.

La campanilla con su alegre repique y la campana con su rígido bronce fueron ascendiendo desde los pisos bajos a las camarillas de las azoteas, de techos

inclinados, donde rebullían como cabritillos los latinos y aspirantes, criaturas de tiernos años que ni siquiera acertaban a discernir por qué su destino era seguir alucinadamente el timbre de aquellas campanas. Somnolientos, amodorrados, titubeantes, se iban enfundando en las negras sotanillas, añadiendo después un fajín verde que al ir a sujetarlo a menudo los despertaba con el pincho del imperdible...

Ramiro enjabonaba, por segunda vez, la coronilla de Alfredo mientras con rebuscada intrascendencia le decía:

—Ya verás, vas a quedar como un solete. Ésta es una tonsura de esas que se llaman “romanas”⁶, casi, casi como la luna de Valencia.

—Para un momento, Ramiro —y de nuevo Alfredo se levantó de la silla y dio pasos atolondrados por la sala entrando en su celda y saliendo como si buscara algo. Luego se sentó de nuevo diciendo—: Ya puedes continuar.

—Es sólo un momento —y de nuevo, Ramiro raspó en la cumbre de aquella cabeza bronca y bien perfilada.

Alfredo respiraba intranquilo y toda su actitud era como estar deseando que se terminara aquel acto que tantas veces había aceptado rutinariamente. Cuando el filo de la navaja raspaba el nacimiento de su pelo, era como si le metieran una barra candente en los sesos. Y los toques de la brocha a ratos le parecía como si le hurgaran en una herida, la blanca herida de aquella hostia de carne, de la cual manara un manantial de agua refrescante. El extraño dolor persistía y Alfredo hacía todo lo posible por no mo-

⁶ La tonsura era el signo de renuncia al mundo. Es el primero de los grados clericales. Consistía en cortar una parte del cabello. La “tonsura romana” es parcial y circular y se aplica a la parte de la coronilla.